

la olla del sancocho del progreso, y acaso contribuyó a que la acumulación de capital en Antioquia pudiera ser uno de los procesos más exitosos que conoció la historia económica de Colombia al principio de la vida republicana.



Las referencias a los censos de población son pertinentes y perspicaces: la disminución en el número de personas negras entre 1912 y 1916 consigue ser explicado por razones inesperadas: se permitió que cada persona llenara la ficha censal y muchos "blanquearon" el color de su piel al marcar la casilla deseada en la pregunta relacionada con la raza. Pero también habría sido conveniente recurrir con mayor énfasis a las homilias, cartas pastorales y demás documentos producidos por la jerarquía eclesiástica, y a los discursos de prohombres asociados, por ejemplo, a la Sociedad de Mejoras Públicas, pues en estas voces se encontraría la expresión de los ideales de mejoramiento social y los valores que la vida disoluta de las "moscas de todos los colores" ayudó involuntariamente a formular y materializar.

El libro contribuye a la desmitificación de la idea de un pasado idílico de Medellín, sumándose a esfuerzos que en similar sentido vienen haciendo nuevos historiadores antioqueños. El autor, periodista y documentalista con estudios de historia, demuestra una especial sensibilidad por las palabras y las formas de narrar. Tiene especial cuidado en emplear el "acervo lingüístico" con

el que se nombraron y adjetivaron las cosas en la época, destacándolo en cursiva, si bien en algunos cuantos casos se excede. Resulta muy satisfactoria y fluida la lectura de este extenso documento, gracias a su pericia en el manejo de la prosa y el lenguaje, ajena a ciertos vicios académicos, y a la paciencia y fruición de un entomólogo que identifica, clasifica y describe a sus especímenes.

SANTIAGO LONDOÑO  
VÉLEZ

### Conjunto de interpretaciones fragmentarias

**Fiestas: once de noviembre  
en Cartagena de Indias**

*Edgar J. Gutiérrez Sierra*

Editorial Lealon, Medellín, 2000,  
272 págs.

El solo nombre de Cartagena de Indias inspira toda la razón y emoción posibles, su historia es venerable como la de ninguna otra ciudad colombiana. *Fiestas: once de noviembre en Cartagena de Indias* es un homenaje a la ciudad preferida de los turistas colombianos, una recopilación de datos, muchos de ellos poco conocidos. Su autor, Edgar Gutiérrez, de la Universidad de Cartagena, licenciado en educación con posgrado en historia del arte de la Universidad de La Habana, asumió el temible compromiso de escribir sobre uno de los temas centrales en la historia de la música popular colombiana. Y, en efecto, hay en el libro algo de la Cartagena que todos amamos, de ese paraíso preturístico olvidado que yo conocí en aquellos tiempos cuando todo el mundo daba *chance* (viaje gratis) y el negro que vendía periódicos en la Puerta del Reloj adivinaba a diez metros lo que iba a comprar el cliente, y uno se encontraba a las cinco

de la tarde al gobernador Vergara Támara, de blanco, vociferando con cualquiera en cualquier esquina sobre cualquier cosa. Es cierto que destilan por sus páginas innumerables datos, cuentos, versos, fotos, en fin, cascadas de cosas sobre cascadas de temas que van desde la espacialidad urbana cartagenera, el análisis del poder simbólico y el relato consabido de los hitos históricos locales hasta estatuas, carrozas, reinas de belleza (de barrio, de los estudiantes) y picoteros, faltando sólo la foto de la negra Carmenza Morales encabezando con salsa y con maña la danza de Gimani Cultural en compañía de Margarita Abello. Tiene páginas ligeras, otras densas, a veces trae largas listas que poco dicen, también hay buenas intuiciones y huellas visibles de artesanía intelectual, pero, y éste es un pero grande, el conjunto empalaga.



Un detalle que debe decirse de manera antipática: los elementos, algunos de ellos interesantes, no están integrados dentro de una "conexión de sentido" que dé lugar a una narración unitaria. El resultado es un conjunto de fichas bibliográficas sin una interpretación de conjunto, o un conjunto de interpretaciones fragmentarias, una colección de ensayos que no guardan siempre la debida coherencia. El libro es útil en cuanto compendio y recurso de apoyo a la investigación pero se queda corto en relación con la intención de su autor: no se puede decir que aquí hay una hipótesis elaborada sobre la conexión de música y poder en Cartagena a través de la historia, aunque sí se puede decir que están

presentes gran parte de los datos de ese análisis. Sospecho que Gutiérrez realmente quiere mostrar lo que algunos antropólogos gramscianos de los años setenta llamaban la "función impugnadora del folclor". Sólo que ni logra articular el correspondiente discurso, ni se trata de una perspectiva certera: la cultura popular no es necesariamente revolucionaria ni reaccionaria aunque puede ser una o la otra o ambas. Pienso que si se hubiera atenido a un hilo conductor exclusivo en lo conceptual y a un solo tema (el seguimiento de las fiestas novembrinas, por ejemplo), manejando rigurosamente los períodos históricos y los elementos descriptivos, estaríamos hoy ante un excelente trabajo de historia socio-cultural. En lugar de eso, hay cierta frustración: mucho abarca pero poco aprieta, mucho quiere decir el autor pero es poco lo que logra articular. En fin, leer el libro no es tiempo perdido, pero... es lo que pudo haber sido y no fue.



Hay un vacío protuberante que ilustra muy bien las debilidades analíticas que vengo comentando: un libro con ese título debería explicar el origen de la fiesta novembrina, y no lo hace. Se pierde así la oportunidad de comprender su sentido: la primera fiesta republicana de carácter permanente que tuvo el país, la más brillante de todas, entre las fiestas patrióticas la que mejor fundamenta el orgullo de ser costeño. En realidad, como ya lo he mostrado en otra parte, las fiestas del once de noviembre no fueron inventadas por Núñez, como mucha gente cree, sino

mucho antes: en 1835; es decir, en los propios comienzos de nuestra vida independiente. Fueron iniciativa de la masonería cartagenera en un intento de rescatar la vida cultural y artística perdida durante la guerra de Independencia; además, fueron ritos civiles que contribuían a la cultura moderna con una pedagogía masiva para crear elementos de patriotismo, ciudadanía y derechos políticos en un país que carecía de todo. Gutiérrez no tiene en cuenta lo anterior, que sería el hilo conductor de un estudio significativo, pero su libro está publicado y el tema está abierto para la reflexión.

ADOLFO GONZÁLEZ  
HENRÍQUEZ  
Departamento de Sociología,  
Universidad del Atlántico

## **Reyes, príncipes, cortesianos, cortesianas, conspiradores, confesores, reyes seductores de monjas, adúlteros furtivos o manifiestos**

**Historias clínicas de la corte de España**  
*Gustavo Restrepo Uribe*  
Editorial Planeta, Bogotá, 2000,  
300 págs., il.

Este libro suscita muchas reflexiones en el ánimo del lector, reflexiones de muy variada índole. No solamente en lo referente a la medicina, sino en cuanto a los aspectos históricos y sociológicos. Es ésta una obra en la que se advierte una cuidadosa tarea de investigación, por la abundancia de datos de muy diverso orden. Es así como detalla las características de las enfermedades de la realeza y los procedimientos médicos adoptados para su tratamiento, y precisa las circunstancias de carácter histórico en

las cuales reyes, príncipes, o personas allegadas a las cortes las padecieron. Es prolijo el autor, con prolijidad que hace más interesante y valiosa la obra, en la designación y síntomas de cada una de las enfermedades de entonces, en presentar los nombres de quienes las padecieron, así como también los nombres de los médicos que las atendieron.

Igualmente precisa el lugar —ciudad, castillo o posada— de nacimiento de los vástagos reales, el día y la hora, y de quienes se hicieron presentes, ya en su condición de familiares, ya de médicos —éstos en ocasiones con uniformes y casacas de gala— ya de parteras, ya de nodrizas —hasta 62 las hubo en una ocasión— para amamantar al recién llegado, porque lo imponía el linaje. Y como si lo anterior fuera poco, los testigos, quienes debían estar presentes en el momento del parto para legitimar el hecho, o para dar parte de lo acontecido, como era el caso de los embajadores, a sus respectivos gobiernos. Constituía, esto del parto, un acontecimiento trascendental, no únicamente para la familia real, sino también para los imperios vinculados a la corona paterna, en cuanto este hecho estaba estrechamente relacionado con la sucesión al trono, y con ello unido a los grandes intereses territoriales y de poder que convergían en cada hijo de la realeza.

Desfilan por estas páginas reyes y príncipes, cortesianos y cortesianas, conspiradores y confesores, reyes seductores de monjas, adúlteros furtivos o manifiestos, de uno y otro sexo, todos ellos con sus comportamientos de liviandad y abyección, propicios a florecer con toda su fuerza destructora en medios constreñidos por el fanatismo, los prejuicios, la intolerancia, el afán de predominio. Algunos reyes, que llevaban su corona sostenida sobre la fragilidad enfermiza de sus cuerpos y la flaqueza de su alma. Príncipes con precarias expectativas de vida, enfrentados a las posibilidades del ejercicio de inmensos poderes. Las casas reinantes en Europa pretendiendo ase-